

Cielos de Madrid
Rafael Castillo Zapata

Cielos y cielos hechos con pliegos y pliegos de lizardo recortado. Los pliegos de Lizardo no los encuentra uno si los va buscando. Con los pliegos de lizardo uno se topa. Todo depende de una suerte. Son pliegos dominados por el azar. Por eso lizardo es un género precioso. Es un género raro. Hay que pasearse como quien no quiere la cosa por las papelerías menos actualizadas para dar de repente con uno. Muchas veces los ingenuos papeleros ignoran que entre sus mercaderías se encuentra, escondido bajo una resma de papel corriente, un inesperado, magnífico pliego de lizardo. A veces en las tiendas De Los Museos, Perdidos Entre Montañas de postales y marcadores de libros, se encuentran algunos preciosos restos de lizardo ya recortado, en cómodas tabletas. Ha habido casos en que un compulsivo comprador de baratijas artísticas encuentra al llegar a su casa que, entre las postales que llevaba, iba de contrabando un rectángulo maravilloso de lizardo. Y no sabe qué hacer con él. Muy poca gente, la verdad, sabe qué hacer con un pliego de lizardo recortado. Si se encuentra uno por casualidad con un buen pliego de lizardo hay que atesorarlo como una piedra preciosa y no utilizarlo de buenas a primeras, porque con ese pliego de lizardo, pacientemente recortado, se puede hacer que el cielo resplandezca como nunca antes había resplandecido. Y siempre, en cada intento, es un resplandecimiento nuevo. Es más, cuando uno aprende a recortar el lizardo para hacer un cielo, pareciera que el cielo que armamos contiene todos los cielos vistos y entrevistos, todos los cielos soñados, todos los cielos avizorados, añorados, recordados, pero también los que nunca vimos ni imaginamos que veríamos nunca ya que, sin embargo, el lizardo nos muestra claramente que pudiéramos verlos si no fuéramos tan tímidos y desatentos. Tiene algo de mágico, entonces el lizardo. No es papel para envolver paquetes ni para forrar cuadernos, ni para escribir una carta o sacar unas cuentas o anotar un teléfono. Con el lizardo cada uno puede construir un cielo a su medida. Aunque los cielos de lizardo no tienen medida, son infinitos; es más, asumen la medida que uno quiera. Todo depende de cómo uno los mire, de cómo uno se ponga (a) y se ponga a verlos. Un cielo de lizardo no se parece a ningún cielo conocido y, no obstante, contiene todos los cielos conocidos (pero también los desconocidos). A mí me gustó, en particular, este cielo hecho de lizardo, porque vi el cielo que se ve junto al cielo que no se ve pero que está ahí de todos modos (el cielo sí que nos ve, siempre, aunque nosotros, desprevenidos, no lo veamos); vi un bosque abrazando el cielo y tejiendo una tela con el aire, con la luz; vi nubes navegando sobre un mar espeso; vi los dientes de una cornisa mordiendo el azul inmenso; y una grieta por entre la que se ve otro cielo y otro, en las junturas mágicas del lizardo recortado.

Pontorno, Diario, Abril, 1555
Luis Enrique Pérez-Oramas

El cielo de Madrid no es Madrid. Acaso es de Venecia, aunque el pezón de una montaña traiciona las planicies de la imaginación, evocando valles escarpados, lustrosos y húmedos, en los que el mundo siempre se atardece. Son tres cielos, tres pedazos de cielo. Quizás cuatro o cinco si consideramos que toda postal posee también su margen celeste, blanco. Me atrae de este cielo un hilo de ciudad, un edificio que le opone a la incalificable medida de las nubes, al vapor inconmensurable de su ascenso espeso y de su solar decaimiento, un esqueleto, un hueso de tierra, una labor humana. Hay en lo extenso de este cielo una epidermis visible de pintura: ni siquiera la lisura de la carta postal, imagen de bolsillo, ha podido evitar los craquelados, las grietas del pigmento seco que testimonian, como huellas, de otro cielo, más real, y de sus embates sometiendo las cosas al pulso indetenible del tiempo.

La pintura que representa (el cielo) se presenta, incluso en la vicaria fotografía que la aleja haciéndola asequible y familiar a la talla de nuestros deseos móviles, en un ramalazo de fracturas que dejan ver su cuerpo desnudo, su tela baldía. Toda pintura esconde el desierto donde nace y se impregna. Todo cielo esconde una ensanchada calma, ilusoria y solar, y un trueno abrupto, aterrador y fugaz. Así las grietas de este cielo de Madrid hablan, mudas, como los intervalos entre cada trozo recortado de papel, de los seres que cesan en su coordenada exhausta y de la continuidad que los altera, de la torpeza natural en la que se escapan sus encuentros, y de los desencuentros que sin cesar entre ellos se fecundan. Así estas grietas de pintura, que no representan nada –salvo involuntariamente el cansancio de una cosa material– fungen como rayos de una bóveda celeste. Tiempo calmo, de Abril, se sentía un frío venenoso/combatir sordo contra el aire rescalado/de la estación de días largos, /y era – escribe Pontorno en su Diario- como si se oyese freír el fuego en el agua.

Cielos de Madrid **Sandra Pinardi**

Los cielos se imponen como lejanía, inaccesibles, detienen la mirada, la cobijan. Estos cielos de Madrid, estos cielos en Madrid, son la cifra de un descubrimiento. Por ello, hechos de trozos de imágenes y márgenes blancos, acontecen a la vez como señales y hallazgos, como ofrendas y recompensas. Los densos blancos de los márgenes, esos bordes reconocibles de las postales (de esas imágenes viajantes, que saludan a los que están lejos o que conservamos y llevamos con nosotros para poseer un lugar o una estadía) son, estos cielos, lo que marca e indica al cielo en su presencia, en su experiencia. Ese límite, esa frontera que no tiene sitio ni consistencia precisa, que está allí como lo inapresable pero también como lo siempre presente, que acoge todo lo visible y contiene –captura– la visión atajando su huída, su abandono, que abriga los espacios y en su inmensidad silenciosa afirma la soledad, el descampado que somos. Esos planos blancos, en su ritmo, en su encuadre, describen y albergan la trama abierta que es toda estancia en el mundo, todo alojamiento. Son los cielos de Madrid, el hallazgo de los cielos otros, de otros cielos que en su extrañeza, en su diferencia, exceden lo irreconocible, lo que se puede contemplar, y que se imponen como una pura presencia y manifestación del sentir. Un presencia real pero imprecisable, y que, por tanto, no puede ser contenida o comprendida, tampoco puede ser significada, descrita o representada. Los cielos de Madrid se rehacen con los trozos de otros cielos que se encuentran –o se dan la espalda–, y por ello aparecen como un decir en el que la expresión y la exposición está sujeta a la remembranza, se hace de la memoria frágil y de sus demoras. Pero son también la búsqueda de muchos cielos en Madrid, cielos que habitan en las paredes de sus museos, en los salones de sus palacios, en los archivos que detienen la pérdida. Cielos que se ocultan del cielo y su intemperie, del tiempo y su caducidad, de los paseos y sus recorridos. Los cielos en Madrid son la ofrenda que se entrega, en la forma incierta del collage (entre acumulaciones luminosas y destellos oscurecidos, entre restos de edificios y tenues líneas de horizontes) a esos instantes que ya no son y que para siempre nos conforman, a eso indecible, irrecuperable o irrepresentable que sólo puede volver resonando en el intento, en el deseo, en la labor, en el ejercicio. Los cielos de Madrid, los cielos en Madrid, son un testimonio: una imagen vicaria (sustitutiva), una imagen que imagina por otro, una imagen que imagina para otro, una imagen de otro. La recompensa dada por aquello que ha escapado al olvido.

21/31

Gina Saraceni

Del cielo puede decirse sólo que es abierto.
Su vastedad tamaña adquiere, a cada instante,
la vibración de lo que cambia y no regresa.
Cielo que se rompe y se traslada de un cielo a otro cielo,
de un álamo que se mece en la canícula meridiana
hasta el techo de una iglesia que un corte horizontal
engulle con su filo.
Cielo que junta y separa la vastedad de su traslado
y que se hace y deshace sin encontrar lugar ninguno
que detenga el devenir insatisfecho de sus nubes.
Cielo que vuelve a sus umbrales sin
comprender la indecisión de sus contornos
y que insiste en el deseo de fugarse
de la forma estable de una obra
que quiere ser un cielo roto
y no puede volver a sus raíces.

Cielos de Madrid, collages de Luis Lizardo
Eliseo Sierra

Atrapados por la inercia que nos produce la complacencia en el mundo de las imágenes, cuando escuchamos la expresión “Cielos de Madrid”, inmediatamente pensamos en la representación de bellas pinturas de paisajes celestiales, en los cuales la luz, el color, y la épica de las formas configuran un universo grandioso: la perfecta revelación de la divinidad en La Tierra. Sin embargo, el tiempo y su uso van transformando estas pinturas en desvanecidas imágenes que, aspirando a la eternidad, han devenido en meros estereotipos, como consecuencia de la publicidad y las estrategias de difusión de la industria cultural. En el interior de ese largo segmento temporal se verifica el proceso de degradación del aura de la pintura. Los collages de Luis Lizardo, parten justamente de las expresiones residuales de la industria cultural. El artista disecciona el paisaje reproducido en postales, haciendo “estallar” en pedazos la imagen ya estereotipada, a partir de cuyos despojos el artista recompone sus Cielos de Madrid. La imagen tradicional cede el paso a una estructura formal, en la cual los elementos figurativos del paisaje comienzan a funcionar como entidades abstractas cargadas de calidades gráficas. Aunque está presente la huella del paisaje, el artista despoja los fragmentos de la percepción naturalista, para introducirlos en una nueva articulación en la cual parecería subyacer un cierto orden mondrianesco. Es allí cuando la nueva obra comienza a cobrar vida. Es de la alianza o contraste entre los diferentes recortes de donde emana la riqueza expresiva: líneas, líneas de contorno, colores, luces, irregulares formas y formas que se generan de la yuxtaposición de los pedazos, texturas visuales, texturas táctiles, suaves o incisivos ritmos que nos proponen diversas secuencias de lectura. Pese a que se trata de collages, el tema de estas obras parecería estar más vinculado a la pintura, a la historia de la pintura. Apelar al recurso del collage en la forma en que lo hace pone en situación su existencia, la problematiza de alguna manera, hace referencia a su condición de medio de expresión en permanente estado de extinción desde hace algunas décadas. Aún así, la mirada de Lizardo no es para nada escatológica, no nos habla de causas finales, de su desaparición. Por el contrario, parecería encontrar en la historia un enorme potencial para la reelaboración de nuevos discursos formales.